

Corazones sinodales

¿Por qué la iniciación cristiana, en una Iglesia sinodal, tiene que ver con relaciones, vínculos, con la libertad y las emociones?

6. La iniciación cristiana es, ante todo, una experiencia que toca el corazón. Allí nacen los vínculos de la verdadera empatía, del encuentro y de la transformación por el amor de Dios. A partir de ese encuentro, se conforma la experiencia de una Iglesia sinodal en la que se aprende a amar como Cristo ama, que sabe reconciliarse, perdonar y acoger. Sin esta conversión, toda catequesis y toda pastoral corre el riesgo de volverse fría y nocional, incapaz de encender la alegría de la fe y su dimensión social. Una Iglesia de corazones sinodales es aquella capaz de rehacer el tejido social roto, de acoger y acompañar los dolores humanos y de hacer de la fe una experiencia de cercanía y fraternidad.

7. Para que la práctica de iniciación cristiana sea verdaderamente sinodal, debe dejar atrás la visión de [...] “dar la clase” de catequesis. La catequesis no puede ser como una hora de clase, sino que es una experiencia viva de la fe que cada uno de nosotros siente el deseo de transmitir a las nuevas generaciones” (Francisco a las personas participantes en el Congreso Internacional de Catequesis, el sábado 10 de septiembre de 2022). Esta forma de pensamiento reduce la catequesis a la mera preparación para recibir sacramentos especialmente en la infancia—, en lugar de abrazar una comprensión integral, catecumenal y comunitaria. Un iniciador a la vida cristiana con corazón sinodal es aquel que se deja afectar por el dolor del pueblo y asume que la catequesis es un proceso de fe que transforma vidas y experiencia que involucra a toda la comunidad cristiana. Supera la transmisión de la fe centrada en el saber-hacer o el saber-decir, sin espacio para el saber-ser y el saber estar con otros. Pasa de lo doctrinal a lo relacional, de lo racional a lo cordial, de lo abstracto a lo significativo.

8. La sinodalidad comienza a los pies de Jesús, impulsada por el Espíritu: la iniciativa es suya. El Espíritu habla mediante la mediación de los otros, especialmente de las personas empobrecidas. El reto es escuchar lo que el Espíritu dice a las Iglesias (cf. Ap 2–3) desde las periferias —más allá de los muros eclesiales— y también dentro de ellos, en la voz de los laicos, de las mujeres y de quienes con frecuencia no son escuchados. Cuando en la catequesis se escucha de verdad, no desde la prisa de enseñar, sino desde el deseo de acoger, entonces se convierte en un acto profundamente sinodal. Una Iglesia que no escucha a su pueblo se aleja de su raíz evangélica y profética. Por el contrario, si parte del corazón de Dios, se hace fraterna y configura corazones sinodales, es decir,

abiertos, libres, capaces de amar y de servir con generosidad. Así se crea una pedagogía del amor que transforma interiormente.

9. Como en los discípulos de Emaús, la experiencia de Cristo vivo en la comunidad hace que el corazón arda y se convierta en fuente de testimonio. El catequista es quien primero se deja abrasar por el amor de Dios para que otros también puedan sentir ese fuego. ¿Me arde el corazón? ¿Qué gestos concretos pueden avivar el ardor del corazón en quienes me rodean? La catequesis encuentra en el testimonio de María, con su corazón inmaculado y disponible, como ella se deja interpelar por los acontecimientos de la vida para atesorarlos en su corazón y compartirlos (Lc 2, 19) y de los santos y las santas, modelos de entrega generosa y total; sus vidas muestran que solo un corazón donado por completo puede hacer fecunda la misión evangelizadora.

10. En su momento, el Papa Francisco invitó a “tomar en serio el corazón”, con todas sus consecuencias personales, eclesiales y sociales. Con mayor razón, “en este mundo líquido es necesario hablar nuevamente del corazón y hablar al corazón, apuntar hacia allí donde cada persona, de toda clase y condición, hace su síntesis; allí donde los seres concretos tienen la fuente y la raíz de todas sus demás potencias, convicciones, pasiones y elecciones” (DN 9).

11. Tocar el corazón es el tipo de conocimiento propio de la fe. Como lo afirma san Pablo, “Con el corazón se cree” (Rm 10,10). Ello lleva a decir de nuevo al Papa Francisco: “se necesita que todas las acciones se pongan bajo el “dominio político” del corazón” (cf. DN 13). Entre ellas, la práctica concreta de la iniciación cristiana en la que se valore y acompañe procesos espirituales, experiencias, relaciones, vínculos fraternales y solidarios e inclusión de los pobres y excluidos. Si la evangelización y la catequesis son ante todo procesos espirituales, el objetivo de la catequesis, como su nombre lo indica, es hacer que el anuncio de la Pascua resuene continuamente en el corazón de cada persona, para que su vida se transforme (cf. DC 55). Por lo cual, la catequesis no puede reducirse a la enseñanza de un mensaje, sino que es, ante todo, el compartir la vida que proviene de Dios y el comunicar la alegría de haber encontrado al Señor y saberse amado incondicionalmente por Él (cf. DC 68).

Mentalidad sinodal

¿Qué comprensiones, criterios y juicios deberían ser renovados de cara a la iniciación cristiana en una Iglesia sinodal?

14. Urge renovar la visión de lo que significa ser catequista; más que un tutor, es testigo, acompañante y mistagogo, servidor de la obra del Espíritu. Su identidad se forma en la espiritualidad de la comunión, en la capacidad de estar con otros, de discernir con ellos y de compartir la vida. Puede catequizar porque, al mismo tiempo, ha sido y sigue siendo catequizado; ha recorrido itinerarios de fe que han forjado su madurez cristiana. Como recuerda el papa Francisco, ser catequista no es una función ocasional, sino una vocación eclesial permanente, arraigada en el propio encuentro con Jesucristo.

15. Una mentalidad sinodal se caracteriza por vivir relaciones y vínculos horizontales, fraternales y corresponsables. El pueblo de Dios necesita comunidades donde se valore la diversidad de vocaciones y ministerios, y donde la voz de todos y todas, especialmente los laicos, sea escuchada en los procesos decisionales, conforme a una auténtica cultura de la participación. La iniciación cristiana forma a los bautizados a esa vivencia de la sinodalidad, a hacerlos verdaderos protagonistas y sujetos de la vida de la Iglesia y a participar desde su propia vocación. Son inválidas las formas de relación eclesial marcadas por la verticalidad, la imposición, el clericalismo, el infantilismo y el patriarcalismo.

16. La iniciación cristiana en una Iglesia sinodal exige nuevas metodologías, lenguajes y espacios que reflejen una verdadera conversión pedagógica y eclesial, superando esquemas rígidos e instructivos. La catequesis es dialogal, simbólica, afectiva y experiencial, generando ambientes significativos donde la fe se conecte con la vida real y se fortalezca la interioridad y la comunidad. Inspirada en la pedagogía de Dios trino, este proceso integra todas las dimensiones de la persona y promueve la conciencia crítica y la transformación social, ayudando a discernir la realidad a la luz del Evangelio y a comprometerse en la construcción del Reino de Dios.

Comunidad que inicia

21. La catequesis está al servicio de un proceso mayor, es decir, la iniciación cristiana. La catequesis no lo abarca todo ni lo sustituye todo. Es una acción conjunta, articulada, que involucra al presbítero, al diácono, a la vida religiosa y consagrada, a las familias, a la comunidad parroquial. Es necesario cambiar la lógica de “subsidios”, que funcionan a modo de receta y con temas iguales para todos, por itinerarios vivos, contextualizados, con criterios de gradualidad y discernimiento, que ayuden a estructurar los procesos de iniciación cristiana. Catequesis que no transforma la vida es catequesis que no inicia, que no evangeliza.

22. La iniciación cristiana es tarea de toda la comunidad. El concepto de iniciación en sus categorías antropológicas y religiosas habla de un protagonismo de la comunidad y de una interacción entre comunidad que inicia y persona que es iniciada. Toda iniciación impacta y transforma a la comunidad y a la persona. Es una acción de doble vía. Hemos de superar las miradas de metas individualistas en la práctica actual de la iniciación cristiana. Toda comunidad cristiana ha de considerarse y configurarse como comunidad de iniciados y comunidad que inicia.

23. Si bien la iniciación cristiana es primordial y prioritaria en la vida de la comunidad, ella no lo es todo. Es una acción fundamental que guarda relación con todas las acciones evangelizadoras. De modo tal que ha de articularse con todas ellas. Hoy día de modo prioritario con la acción misionera. “Al definir la catequesis como momento del proceso total de la evangelización, se plantea necesariamente el problema de la coordinación de la acción catequética con la acción misionera que la precede, y con la acción pastoral que la continúa. En este sentido, la vinculación entre el anuncio misionero, que trata de suscitar la fe, y la catequesis de iniciación, que busca fundamentarla, es decisiva en la evangelización. La situación actual de la evangelización postula que las dos acciones, el anuncio misionero y la catequesis de iniciación, se conciban coordinadamente. La catequesis debe ser vista, ante todo, como la consecuencia de un anuncio misionero eficaz” (DGC 227).

24. Ello hace urgente pasar de acciones aisladas a una pastoral orgánica que, evitando duplicidades, articule carismas y ministerios, con criterios misioneros compartidos (opción por los pobres, periferias, primeros anuncios). La integración de las pastorales sirve efectivamente a la iniciación y permite que toda la comunidad acompañe el crecimiento de nuevos discípulos misioneros, acompañando procesos de conversión, de pertenencia y de misión.